

Ya hemos visto como la desgraciada Théroigne, en una circunstancia análoga, dejó en manos de esas implacables Euménides su orgullo y su razon. Una de las espediciones mas deplorables que hicieron fué la del hospicio de las hermanas de la caridad: habiendo sido denunciadas como sospechosas de aristocracia varias de estas virtuosas religiosas, reclamóse contra ellas á los jacobinos un decreto de espulsion, y para empeorar mas su causa, hubo quien las acusó de tener oculto á un clérigo no juramentado, que en aquel mismo dia habia celebrado una misa de difuntos para el descanso del *alma del tirano*. Esto bastó para que nuestras Tisifones clamasen ¡justicia! y vedlas ya cual corren para arrebatar del santuario de caridad y consuelo á las piadosas reclusas que se habian consagrado al alivio de los enfermos y dolientes. Tuvieron la barbarie de arrastrarlas hasta la plaza del Parvis, y allí, despues de haberlas tratado de *aristócratas* y *solideinas* (*calotines*), las zurraron públicamente. Se supone que de resultas casi todas enfermaron, y murieron algunas, habiendo tratado de escaparse una que fué alcanzada en el puente del Hotel-Dieu y la precipitaron al Sena.

## LA SEÑORITA MAILLARD.

**F**UE una de las actrices mas hermosas que hayan brillado en el teatro de la Ópera. Salió por primera vez en escena, siendo aun muy niña, en 17 de mayo de 1782, desempeñando el papel de Calette en el *Adivino del lugar* (1), en que mostró, segun dicen los autores de los *Anales dramáticos*, suma inteligencia y extraordinaria sensibilidad, acompañadas de una voz muy llena y pura: « Jamas se habia visto cabeza mas admirable ni estatura mas bizarra. »

Léese en un folleto titulado el *Espía de los teatros*, página 115, que esta jóven habia principiado aprendiendo á bailar en el almacén de la Ópera; que por algun tiempo representó con buen éxito en el pequeño teatro de los comediantes del bosque de Bolonia, y que despues el príncipe de Soubise, ese viejo sátrapa de talones encarnados, la mandó llamar á los banquetes de su famoso retrete de Pantin, al cual, insiguiendo los ritos añejos de la época, llamaba su *templo del Amor*: allí se respiraba una atmósfera de ambrosía, y mil espejos reproducian otros tantos cuadros licenciosos, donde bajaba al parecer todo el Olimpo amoroso.

(1) *Le Devin du village.*

Reuníanse en aquel lugar la Saint-Huberti, la Laprairie, la Guimard, la Coulon y otras célebres impuras; los blandos cantares, las danzas voluptuosas, iban siempre seguidos de un exquisito festin, amenizado con los dichos agudos y brillantes de las Sofia Arnoult, Champfort, Laelos y Champcenez. La señorita Maillard debió el origen de su ilustracion cortesana á la reputacion que adquirió en estos tentadores y locos banquetes.

No fué esto un obstáculo suficiente para que en 1793 dejase de representar la diosa de la Razon.

En dicha época la religion habia sufrido muy recios ataques, particularmente desde el dia que, en virtud de la constitucion civil del clero, la direccion de los cultos fué refundida y asociada con la del estado, del cual dependia exclusivamente. Desde entonces todo ministro del altar debia prestar juramento á la nueva ley, y los que se negaban á ello eran privados de sus funciones, si no de su dotacion. Muchos de estos refractarios, llevados de un mal entendido zelo apostólico, fulminaban centellas y prorumpian en fanáticas invectivas contra unas instituciones que destruían el poder espiritual de la iglesia; y de ahí las interminables persecuciones que concitaron no solamente contra sí, sino contra el mismo dogma. A fuerza de turbulencia y escesos, obligaron á la convencion á fulminar contra ellos el fatal decreto de deportacion. Todos abrieron los ojos y se pasmaban de haber vivido encadenados por unas costumbres tan supersticiosas; y con el mismo ardor trataron los ánimos de repudiarlas que habian tenido para romper las cadenas políticas cuyo peso les habia oprimido tanto tiempo. Por el contrario, los eclesiásticos juramentados viéronse rodeados de honores y proteccion, y hasta les fué permitido el matrimonio; las prácticas religiosas y la severidad de las fórmulas exteriores se fueron insensiblemente relajando, ó vinieron á ser objetos de irrision; aun hay mas, muchos sacerdotes, siguiendo el ejemplo del obispo de Paris, Gobel, abjuraron confesando que habian sido engañados, ó que habian querido engañar á los otros, y juzgaron que ningun obsequio mas satisfactorio podrian tributar á la verdad y la razon que el

protestar contra el error y el fanatismo que por espacio de tantos siglos tenían agarrotado al género humano.

Todas las secciones de Paris se trasladaron á la barra de la convencion ó á la Casa Municipal para hacer semejantes protestas, y todas las municipalidades de la república las imitaron. Dado ya este movimiento, Chaumette, procurador de la municipalidad, L'huillier, Hebert, Pache y Momoro, concibieron el proyecto de substituir formalmente el culto de la razon al culto católico.

A peticion del primero, fué decretado que la iglesia metropolitana de Nuestra Señora se convirtiera en templo de la Razon, y que todos los dias de década se celebrase en él una fiesta en honor de esta divinidad filosófica, cuyos emblemas substituyeron á los atributos del catolicismo.

Ya hemos dicho que la Señorita Maillard fué escogida para figurar el nuevo ídolo. Ahora daremos una descripcion de la fiesta:

Levantábase magestuosamente en la nave, sobre la cumbre de una montaña, un templo de arquitectura muy sencilla, en cuya fachada habia esta inscripcion: *A la filosofía*. Delante de la puerta de este templo habia los bustos de los filósofos mas célebres; y á la mitad de la altura del peñasco se veía brillar la antorcha de la verdad sobre el altar de la razon.

Al son de una música republicana, que estaba al pie de la montaña, iban bajando dos filas de doncellas vestidas de blanco y coronadas de encina, que se cruzaban delante del altar de la razon, y todas se inclinaban ante su antorcha, volviendo luego á subir en la misma direccion á lo alto de la montaña. Entonces salia la Libertad del templo de la Filosofía, y se colocaba en un trono de verdor para recibir los obsequios de los republicanos y republicanas que cantaban un himno en su alabanza, tendiendo los brazos hácia ella; luego bajaba para volver á entrar en el templo, pero antes se detenía un momento y se volvía echando una mirada de benevolencia hácia sus amigos. Cuando estaba dentro, todos manifestaban con cánticos de regocijo el entusiasmo que habia escitado, y prometían no separarse de ella jamás.

Al salir de esta fiesta, el pueblo y los cuerpos constituidos

que habian asistido á ella se trasladaban á la convencion y obtenian el privilegio de ser admitidos en su seno. Desfilaba en el salon inmenso pueblo, y los hombres iban todos cubiertos de gorros encarnados. Al estremo de unas picas llevábanse mitras, estolas, casullas y otros despojos de la supersticion. Unos niños cuyos padres habian muerto en defensa de la patria cantaban un himno á la libertad, y la multitud en coro lo iba repitiendo; una música guerrera hacia retumbar el salon con tocatas patrióticas, y mezclábanse á su armonía los gritos prolongados de: ¡viva la república! ¡viva la libertad! ¡viva la Montaña! Todos los diputados salian de sus asientos, y se confundian con el pueblo; agitábanse al aire los gorros y sombreros, y repetíanse sin cesar los gritos de: ¡viva la libertad!

Entonces aparecia una comitiva de mugeres, vestidas de blanco y con la cabeza ceñida de guirnaaldas de rosas; tras ellas venian cuatro hombres que llevaban en un estrado una soberbia matrona, con gorro encarnado, manto azul y una pica en la mano: era la diosa de la Razon, que colocaron en frente del presidente. Las mugeres que la acompañan se forman en dos filas; llénase de pueblo el salon; rompe de nuevo la música en cívicas tocatas y todos los pechos se transportan de entusiasmo. Y Chaumette toma la palabra:

«Ya lo veis, el fanatismo ha soltado su presa, y cedido el lugar á la razon, cuyo brillo no pudieron soportar sus torpes ojos; por fin desapareció, y nosotros nos hemos apoderado de sus templos, y los hemos regenerado; todo el pueblo de Paris se ha trasladado en este dia bajo las góticas bóvedas donde por tanto tiempo el error y la mentira resonáran; hoy quizas es la vez primera que estas bóvedas han dado éco á la razon. Los franceses han sacrificado á su ídolo querido, ¡la libertad! Por ella se han enviado hasta el cielo los votos mas ardientes; hemos gritado ¡viva la Montaña! Y la Montaña nos oyó, pues en el mismo acto vosotros estabais decretando que la convencion iba á unirse con nosotros en el templo de la razon»

«No nos hemos servido, para representar esta divinidad, de ídolos yertos é inanimados, sino de una obra maestra de

la naturaleza (señala á la señorita Maillard), cuya imágen sagrada ha inflamado todos los corazones. No se ha ido mas que un grito, un solo voto: ¡no mas curas, no mas dioses sino los que nos ofrece la naturaleza, la libertad! Nosotros que somos sus magistrados hemos acogido sus votos, y los transportamos del templo de la razon al de la ley. Pedimos que la que fué iglesia metropolitana sea en lo sucesivo consagrada á la razon. El fanatismo la ha abandonado, y se han apoderado de ella los seres racionales: ¡consagrad su propiedad!»

Esta proposicion fué acogida con repetidos y vivísimos aplausos, y decretóse que la iglesia metropolitana de Paris fuese en lo sucesivo templo de la Razon. Chaumette acompañó á la muger que simbolizó la diosa adorada al lado del presidente, quien le dió el beso fraternal. Levántase la convencion en masa, confúndese con el pueblo, salen todos del salón en medio de transportes y aclamaciones de universal alegría, y se encaminan al templo de la Razon, donde se cantó un himno en su alabanza, que terminó la solemnidad de aquel dia memorable.

Veamos ahora de que modo se esplica en su lenguaje grotesco el padre Duchesne, cuyo grande alborozo no puede reprimirse, al ver que los santurrones tienen que esconderse en los sótanos para recitar sus padre nuestros y oremus, rabian-do porque los franceses no quieren mas Dios que la libertad.

«¡Ah! qué hermoso dia! ah! qué fiesta tan placentera hemos celebrado en la última década! qué espectáculo tan grandioso era el ver á todos esos hijos de la libertad precipitarse en la ex-catedral, para purificar el templo de la bobería, y consagrarlo á la verdad, á la razon! Aquellas bóvedas, donde nunca se habia oido mas que el graznido del cuervo de la iglesia, donde hasta entonces no se habian cantado mas que salmos y letanias, han retumbarlo al estruendo de canciones patrióticas; en vez de ese altar, en que unos sacerdotes embusteros persuadian á unos imbéciles que el Dios del cielo bajaba por su órden, barbullando algunas palabras de latin, y pasaba enterito, como una nuez moscada, á un pedazo de pan; en vez de ese altar, ó mas bien de ese tablado de titiriteros, habíase

construido el trono de la Libertad; no se colocó en él una estatua muerta, sino una imagen animada de esta divinidad, una obra maestra de la naturaleza, como dijo mi compadre Chaumette; una muger encantadora, hermosa cual la diosa que representaba, sentada á lo alto de una montaña, con gorro encarnado en la cabeza y una pica en la mano; habia en torno suyo todas las lindas hechiceras de la Ópera, que á su vez, han escomulgado el solideo cantando himnos patrióticos con mas gracia que unos ángeles. Los patriotas embesados gritaban bravo á boca llena, y todos juraban que no reconocerian mas divinidad que la patria, y que por ella moririan.»

«Despues de haber así purificado el templo de la truanería, los descamisados hicieron una procesion cívica en la convencion. Abrian la marcha unos artilleros, llevando al estremo de una pica á modo de bandera los despojos del príncipe del solideo, esto es, la capa bordada de oro y la mitra del arzobispo. Los miembros de la autoridad constituida desfilaban con los ministros, todos cubiertos con gorros encarnados, y llenando los aires con los gritos de ¡viva la libertad! ¡viva la igualdad! ¡viva la república! ¡viva la razon! Cuatro tunos del mercado llevaban en un trono la deidad idolatrada. Era un placer oír los aplausos de la convencion cuando esta comitiva desfiló en su recinto. La divinidad fué colocada cerca del presidente, esto es, de su gran sacerdote; cuando se halla uno tan inmediato á la dicha, no puede menos que dar algunos señales de vida: así el digno Laloi, en nombre de todo el pueblo francés, dió á la deidad el mas cordial abrazo en prueba del respeto y amor constante que siempre la tendrán los republicanos. La convencion decretó que el pueblo de Paris y sus autoridades constituidas se habian hecho beneméritos á la república 'dando aquel ejemplo al universo. Quiso tributar el primer homenaje al templo de la Razon, y al efecto acompañó la Libertad á su santuario. Todas las calles estaban atestadas de inmensa muchedumbre, que se desvivía para 'presenciar aquel grandioso espectáculo. Los beatos estaban rabiando contra su buen Dios, acusándole algunos de haberse vuelto descamisado (*sans-culotte*), por-

que permitia que hiciese tan buen tiempo. Para colmo de al pública satisfaccion, el tribunal revolucionario acababa de condenar al traidor Bailly, al asesino del campo de Marte: tan cierto es que una dicha nunca llega sola....»

El lector es árbitro de escoger lo que le guste mas de estas dos descripciones, hechas en lenguaje diferente; la última con su escandalosa avilantez reproduce los hechos mas al vivo, y da alguna idea del bullicio de la fiesta. Este papel de Hebert parece que tenia por objeto vulgarizar el materialismo y popularizar el ateismo: infiltraba en las cuadrillas de la *Courtille*, del *port au Blé* del arrabal de San Antonio, lo mas sutil de la política y la quinta esencia de la filosofía, mediante el estilo iasinuador, aunque bajo y basurero, que solia afectar; saturábase afanosa la muchedumbre en estas sustancias puestas así á su alcance, y vióse el arrabal de San Marcelo convertido en escéptico y la plaza Maubert en atea.

Por lo que toca á Chaumette, algunas veces trató de poetizar la revolucion, y adornarla con imágenes halagüeñas. Quiso que la postrer morada de los muertos no estuviese ya enlutada con cipreses ni otros árboles lúgubres; antes bien, que su sombría influencia fué dispada con flores y odoríficos plantíos, en medio de los cuales se elevase la estatua simbólica del Sueño. «Se me figurará que respiro el alma de mi padre en el aroma de una flor que salga de su tumba, decia. «Él fué quien hizo instituir nuevas ceremonias funerales, decretar la igualdad de las sepulturas, y disponer igualmente por el consejo general de la municipalidad que en adelante se grabasen las siguientes palabras en la entrada de los cementerios: » Él justo nunca muere, pues vive en la memoria de sus conciudadanos.» Al escoger para representar la diosa de la Razon á una sacerdotisa del placer, como lo era la hermosa Maillard, tuvo por mira el despejar su culto de las áusteras formalidades con que al parecer querian inconsideradamente obstruirle y con las cuales mas bien creaban un espantajo que un objeto de seduccion; dejaba vislumbrar el deleite que efectivamente reside en el mas exacto concepto que se forma de las cosas, y en el discernimiento de las mejores revoluciones, lo cual viene á resumir lo que llama-

mos razon , insiguiendo esta profunda máxima de filosofía : El deleite es el sentimiento del bien. Cansado sin duda este fogoso magistrado de las escenas sangrientas que sin cesar originaban sus siniestras provocaciones , solazábase cuando le era dado con sus agradables teorías , que venian á ser la Caprea intelectual de este nuevo Tiberio.

Omnipotente cual era Robespierre , no pudo contrarrestar aquella inundacion de licencia , ni reprimir el primer ímpetu de aquel desenfreno teosáfico ; conocia sin embargo que si al pueblo se le soltaba toda clase de freno , pronto ni aun quisiéra el de la ley ; y por otra parte repugnaban á sus ideas republicanas , siempre circunscritas en áusteros principios , esas pompas teatrales y esas modernas panateneas. Como sabia muy bien que en Francia dura poco lo serio de una idea , y que la parte burlesca siempre prevalece , aguardó á que aquellas bacanales cayesen en descrédito á fuerza de sus mismos excesos , y efectivamente pronto degeneraron en más-caras extravagantes y ridículas. Entonces fué cuando en la session del club de los jacobinos de 1.º frimario del año II tomó la palabra en estos términos : « Que unos ciudadanos animados de un zelo puro , vengan á depositar en el altar de la patria los monumentos inútiles y pomposos de la supersticion para hacerles servir á su triunfo , la patria y la razon reciben gustosas esas ofrendas ; que renuncien otros á tal ó cual ceremonia y adopten ante todas cosas la opinion que les parezca mas conforme á la verdad , la razon y la filosofía pueden aplaudir su conducta : mas ¿ con qué derecho pueden la aristocracia y la hipocresía mezclar su influencia con la del civismo y la virtud ? ¿ con qué derecho unos hombres hasta ahora desconocidos en la carrera de la revolucion pueden valerse de medios para usurpar una falsa popularidad , arrastrar á los mismos patriotas á la adopcion de medidas erróneas , y sembrar entre nosotros el trastorno y la discordia ? ¿ con qué derecho pueden turbar la libertad , y atacar el fanatismo con un nuevo fanatismo ? ¿ con qué derecho pueden hacer degenerar la solemne veneracion tributada á la verdad pura , en eternas y ridículas farsas ? ¿ Porqué se les ha de permitir que así se burlen de la dignidad del pueblo , y aten los cas-

cabeles de la locura al cetro mismo de la filosofía ? Ha querido suponerse que acogiendo las cívicas ofrendas , habia proscrito la convencion el culto católico : no , jamas ha tomado la convencion una resolucion tan temeraria , ni jamas la tomará. Su intencion es mantener la libertad de cultos que ha proclamado , y reprimir al propio tiempo á todos los que de ella abusaren para trastornar el órden público. Nunca permitiré que se persiga á los pacíficos ministros del culto , y castigarálos con severidad siempre que traten de prevalerse de sus funciones para engañar á los ciudadanos , y poner las armas en la mano de los supersticiosos ó realistas contra la república. Se ha llegado hasta el extremo de denunciar sacerdotes por haber celebrado misa : cuanto mas se lo prohiban , mas la celebrarán ; y los mas fanáticos son aquellos que se lo impiden. »

« Los hay que aun quieren ir mas allá , y que se proteston de destruir la supersticion , quieren hacer del mismo ateismo una especie de religion. Todo filósofo , todo particular , es libre de adoptar en esta parte la opinion que mas le acomode , y es insensato el que trate por esto de acriminarle ; mas el hombre público , el legislador , fuéramil veces mas insensato si adoptase semejante sistema. La convencion nacional lo aborrece..... y toma á su cargo el hacer respetar no tan solo los derechos , sino tambien el carácter del pueblo frances. No en vano hizo proclamar la declaracion de los derechos del hombre en presencia del Ser Supremo. El ateismo es aristocrático ; al paso que la idea de un gran ser que no pierde de vista la inocencia oprimida , y castiga el crimen triunfante , es completamente popular. (Vivos aplausos). El pueblo , los desgraciados me aplauden ; y si alguien me habia de censurar , á buen seguro que fuéran los ricos y criminales. »

« En la misma tribuna donde estoy hablando , el imprudente Guadet tuvo la osadía de acriminarme por haber profesado la voz providencia. ¿ Y en que tiempo lo hizo ? ¿ Cuando ulcerado el corazon con el cuadro de los crímenes de que éramos testigos y víctimas ; cuando vertiendo amargas é infructuosas lágrimas sobre la miseria del pueblo eternamente

vendido, eternamente opreso, pugnaba yo por elevarme sobre la turba de impuros conspiradores que me rodeaban, invocando contra ellos la venganza celeste á falta del rayo popular! este sentimiento está esculpido en todos los corazones puros y sensibles; él animó en todos tiempos á los mas magnánimos defensores de la libertad: él será, mientras existan tiranos, grato consuelo de los oprimidos, y si algun día lograra la tiranía levantar de nuevo su cabeza entre nosotros ¿qué alma enérgica y virtuosa dejaría de apelar secretamente contra su triunfo á esa justicia eterna que ha escrito en todos los pechos la sentencia de muerte de todos los tiranos? Cuando no otra cosa, estoy cierto que el último mártir de la libertad exhalará su alma con un sentimiento mas grato descansando en esta idea consoladora. Este sentimiento es general en Europa y en el universo: lo es en el pueblo francés; y este pueblo no es adicto ni á los curas, ni á la superstición, ni á las ceremonias religiosas; no lo es mas que al culto por lo que es en sí, esto es, á la idea de un poder incomprensible, espanto del crimen y apoyo de la virtud, á quien tributa plácido homenaje, y este homenaje es el anatema contra la injusticia y contra el crimen triunfante.»

«Si el filósofo puede fundar su moralidad en otras bases, evitemos sin embargo con gran cuidado zaherir este instinto sagrado y este sentimiento universal de los pueblos. ¿Hay por ventura un ingenio que instantáneamente pueda suplir con sus invenciones esta grande idea protectora del orden social y de todas las virtudes privadas?»

«¿No veis el lazo que nos están tendiendo los enemigos de la república y los cobardes emisarios de los tiranos extranjeros? Dando por la opinion general los trabajos de algunos individuos y sus propios desvaríos, quisieran hacernos odiosos á todos los pueblos, para mejor asegurar los tronos vacilantes de los malvados que los oprimen. Solo tratan, los cobardes, de calumniaros á la faz de la Europa, con la mira siniestra de apartar de vosotros á aquellos que la moral y el interés comun atraían hácia la causa sublime y sagrada que defendemos.»

Este discurso escitó frenéticos aplausos, y produjo el efecto de un rayo que sobrecogió de espanto y contuvo el movimiento sacrilego á que el pueblo se habia lanzado.

Chaumette, como el sacerdote Mathan en presencia del visionario Joad, no hizo mas que tartamudear y se cortó, hasta el estremo de proponer él mismo y obtener el decreto que restableció en Francia la libertad de cultos, á que pronto se siguió la abolicion de las fiestas de la razon.

Desde entonces nuestro doble ídolo, la hechicera Maillard, perdió la parte, si no mas lisongera, por lo menos mas bella de su divinidad. Dejó de ser el emblema de la razon; disipóse en ella la sublimidad y dignidad de diosa, y ya no apareció sino con el carácter de artista encantadora, cuya presencia adornó aun mucho tiempo la escena lírica, haciendo papeles menos imponentes, á la verdad estaban mas á su alcance que el que se vió obligada temporalmente á desempeñar.